

He aquí la purificación lejana necesaria para ser admitido entre los sacerdotes del Señor. (*Num. cap. VIII.*) *Separa los levitas de en medio de los hijos de Israel y purifícalos con estas ceremonias: sean rociados con el agua de la expiación, y córtense todos los pelos de su cuerpo; y habiendo lavado sus vestidos y limpiádose, tomarán un buey de la vacada, y para libación suya, flor de harina amasada con aceite. Tú también tomarás otro buey de la vacada para ofrecer por el pecado. . . . Y después de esto entrarán en el tabernáculo de la alianza para que me sirvan.*

Mas la hora del sacrificio ha sonado. No se aproximarán al Santo de los Santos sino purificados por la ablución del agua mezclada con ceniza. Colocada entre el Arca y el Altar, la concha de bronce les advierte que deben purificarse antes de subir. Se lee en el Exodo, Cap. XXX.: *Habló el Señor á Moisés diciéndole: Harás una concha de bronce elevada sobre una basa, para que sirva para el lavatorio, y la colocarás entre el Tabernáculo del Testimonio y el Altar. Y echada agua, se lavarán Aaron y sus hijos las manos y los pies, cuando hubieren de entrar en el Tabernáculo del Testimonio y llegarse al Altar para ofrecer en él los perfumes al Señor: no sea que de otro modo sean castigados de muerte.* Es el sacramento de la Penitencia, dice Beda, el que se le ofrece al Sacerdote antes de subir al altar como el mejor medio de purificarse. *Sacerdos celebraturus missam prævia confessione sacramentali, quando opus est. (Rubr. Missalis.)* Que al menos el Sacerdote se purifique según lo prescribe la Iglesia, lavándose las manos antes de revestirse con los ornamentos sagrados, y diga con sincera contrición: *Da Domine etc.* Que con contrición tome el agua bendita para

que al lavar con ella su frente y su pecho, se purifiquen sus pensamientos y sus afectos y pueda estar seguro al subir al Altar á desempeñar una obra de vida y no de muerte.

Si el sacerdote verdaderamente pecaba, era necesaria la sangre de las víctimas para que se purificara. En la nueva ley, si el sacerdote peca gravemente, no puede subir al Altar sin inmolar su orgullo, su voluntad culpable en el tribunal de la penitencia, detestando su pecado y renunciando á él para siempre. La autorizada voz del Concilio de Trento prescribe la obligación de la confesión: "La costumbre de la Iglesia declara que es necesario este exámen, para que ninguno sabedor de que está en pecado mortal, se pueda acercar, por muy contrito que le parezca hallarse, á recibir la Sagrada Eucaristía, sin disponerse antes con la confesión sacramental; y esto mismo ha decretado este santo Concilio observen los sacerdotes que por oficio estuviesen obligados á celebrar." En la imposibilidad de vencer algún obstáculo insuperable, el precepto no deja de urgir y debe cumplirse lo más pronto posible. "Y si el sacerdote por alguna urgente necesidad celebrase sin haberse confesado, confiese sin dilación luego que pueda."—*Ses. XIII C. VII.*

*Actos de adoración.*—En presencia de proceptos renovados con tanta insistencia y sancionados con penas tan terribles, cómo ¡oh Dios mío! no prosternarse ante tu presencia y adorar tu santidad. Tú eres puro porque eres Dios. Todo lo que hay en Tí es puro, absoluta é infinitamente puro! Tú, Señor, para destruir la impureza, humillaste tu divinidad hasta nuestras manchas á fin de destruirlas sobre la Cruz.

Tiemblo, ¡oh Dios mío! tiemblo porque no soy

puro, ni lo seré jamás delante de Tí; no puedo hacer otra cosa que humillarme, anodadarme, confesar mi impureza, y ofrecerte tu propia pureza, la de tu augusta Madre y la de tus Angeles y Santos, á fin de que encuentres compensación en la que á mí me falta Dios de toda pureza con la confesión de mi impureza te adoro y te alabo!

*Actos de acción de gracias.*—Cómo no bendecirte, oh liberal Donador de todos los bienes, por haber querido identificarme con tu Persona por el carácter de mi sacerdocio! Pues es muy cierto que en tu nombre, en la reproducción de tus actos y palabras; es muy cierto que esta identidad profunda, que me hace uno contigo en una unidad tan perfecta, que después de la que te une con tu Padre ninguna otra, sino la de la Virgen María puede compararse á ella; es muy cierto que solo con la condición de mi unión incomprensible contigo soy sacerdote!

Señor, Señor, si tú no me revistieses de tu propia pureza para disimular mis pecados, me apartaría de tus altares, la blancura del Cordero me cegaría, la limpieza de tu mirada me anonadaría. Pero tu pureza es la mía, me penetras y revistes de ella, y quieres que me regocije bendiciéndote: *Sacerdotes tui induantur justitiam et sancti tui exultent!*

*Actos de propiciación.*—Dios de toda pureza, ultrajado por mis pecados, ten piedad de mí! Oh Verbo encarnado, Víctima santa, Carne inmaculada, te he crucificado de nuevo en mí por mis pecados; quizá en tus miembros más débiles, en los fieles de tu Iglesia, por mis escándalos; quizás en tu misma Persona, profanando tu debilidad sacramental! Cristo, Cristo, no sabía lo que hacía!

Díle á tu Eterno Padre que me perdone: *Pater, dimitte illi non enim sciunt quid faciunt.* Perdóname, pues tu corazón es capaz de convertir en mi remedio, lo que yo hecho que sirviera para mi muerte!

*Actos de súplica.*—Recita lentamente, meditando cada verso, fijos los ojos en el Tabernáculo, la más conmovedora oración que ha sido puesta en los labios del pecador arrepentido: *Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam.*—(Ps. L.)

ORACION JACULATORIA.—*El verso del Miserere que más nos mueva.*

## El Sacerdote debe ser puro.

*Asunto de la meditación.*—Una de las razones más poderosas que presentaremos para demostrar la necesidad de la pureza de los ministros del Altar, es la grandeza de la malicia del crimen y la inmensidad de los castigos de los prevaricadores. En efecto, para que Dios, cuya naturaleza es la bondad, que ama, bendice y perdona por la inclinación instintiva de su Corazón, estigmatice la impureza de sus ministros, para que la castigue con penas tan terribles, es necesario que quiera que sus ministros sean puros con una voluntad absoluta é inquebrantable. Los sentimientos de adoración, de acción de gracia, de reparación y de penitencia, nacerán con la sola lectura de los Textos Sagrados. Lean los Sacerdotes de la nueva Ley estas palabras, de rodillas, á los piés del Dios que los llama á que le consagren cada día, y que recuerden que

el crimen de los sacerdotes de la Figura, era menos grave que el que cometen ellos mismos y que castigos mucho más terribles les están reservados si prevarican.

*Para la adoración.*—Considera la grandeza de la injuria hecha al mismo Dios en la persona de Jesucristo por la impureza de su ministro; la grandeza de la injuria hecha al santuario que santifica y hace terrible con su presencia real, la que hace al carácter sacerdotal que Cristo ha grabado en su ministro para comunicarle su propia semejanza; la que hace al pueblo que espera del sacerdote los dones de la santidad y de la verdadera vida. Adora con temor, humildad, anonadamiento, la santa, omnipotente y terrible justicia del Dios oculto, que es nada menos que el Dios de las justicias.

El nombre de Dios y Dios mismo ultrajado: *A vosotros los sacerdotes que despreciáis mi nombre y decís: ¿En qué hemos despreciado tu nombre? Vosotros ofrecéis sobre mi altar un pan impuro, y decís: ¿En qué te hemos ultrajado?...* (Mal., I. v. 7)

El Santuario envilecido: *Los sacerdotes han despreciado mi ley, han contaminado mis santuarios: no han sabido hacer diferencia entre lo sagrado y lo profano, ni distinguir entre lo puro y lo inmundo.* (Ezech., XXII, 26.) Degradado el sacerdocio: *La casa de Israel se ha convertido en escoria: cobre y estaño, hierro y plomo son estos en medio del crisol.*

(Ezch., XXII, 18.) El sacrificio de alabanza convertido en injuriosa ofensa: *Abominables son las víctimas de los impíos, pues son frutos de iniquidad.* (Prov., XXI, 27.) Sacrificios de duelo sobre los cuales es necesario llorar: *Noli lætari Israel, noli exultari sicut populi: quia fornicatus es a Deo tuo....*

*No ofrecerán libaciones de vino al Señor, ni le serán gratas sus ofrendas: sus sacrificios serán como los convites de los funerales.* (Oseas, IX, 1. 4.)

*Para la acción de gracias.*—Considera las insondables profundidades de la Misericordia Divina, cuyas largas y pacientes esperas, inefables indulgencias, amorosos llamamientos y apremiantes avisos nos aguardan, nos preservan, nos atraen, mientras otros muchos han sido abandonados: *Si el Señor de los ejércitos no hubiese conservado algunos de nuestro linage, hubiésemos corrido la misma suerte que Sodoma, y sido semejantes á Gomorra.* (Is. I, 9.) Pero El nos ha amado, y nos ama; y si quisiéramos estar junto á El, adherirnos á El, recurrir á El sin cesar, no nos abandonaría jamás. Gustemos estas amables promesas: *No temas; pues te redimí, y te llamé por tu nombre; tú eres mío! Cuando pasares por medio de las aguas, estaré yo contigo y no te anegarán sus corrientes: cuando anduvieres por medio del fuego, no te quemarás, ni la llama tendrá ardor para tí. Después que te hiciste estimable y glorioso á mis ojos, yo te he amado, y entregaré por tí hombres y pueblos por tu salvación.* Pero es necesario orar, acudir á El con perseverancia, y trabajar con nuestro buen Dios en nuestra salvación: *Pueblo que yo forme para mí el cual cantará mis alabanzas. Pues que tú, oh Jacob, no me invocaste, ni hiciste caso de mí, oh Israel! No me ofreciste á mí los carneros en holocausto, ni me has honrado con tus sacrificios: no soy yo aquel á quien has servido con ofrendas....* Y si por desgracia no hemos trabajado con Dios para salvarnos, le hemos condenado á trabajar en nuestras iniquidades: *Antes bien te has servido de mí en tus pecados.* A pesar de esto, si tenemos la confianza humilde y perse-

verante de volvernos á El: *Yo soy, nos dice, yo mismo soy el que borro tus iniquidades por amor de mí mismo, y no me acordaré más de tus pecados.* (Is., XLIII)

*Para la reparación.*—Cousidera los castigos impuestos por Dios á los ministros prevaricadores. Cuán terribles son sus castigos que comienzan desde este mundo: *Así el profeta como el sacerdote se han hecho inmundos, y dentro de mi casa he encontrado su malicia, dice el Señor. Por eso el camino de ellos será como un resbaladero entre tinieblas; en él serán empujados y caerán; pues yo descargaré desastres sobre ellos. . . . dice el Señor. A los profetas de Jerusalén les ví imitar á los adúlteros é ir en pos de la mentira: todos han venido á ser abominables á mis ojos como Sodoma! . . . . Por tanto. . . . He aquí que yo les daré á comer ajenos, y hiel para beber.* (Jerem. 23.) Cae sobre todo el pueblo y la tierra entera: *El Señor ha desahogado su furor, ha derramado la ira de su indignación, ha derramado en Sión un fuego que ha consumido hasta sus cimientos. . . . por causa de los pecados de sus profetas, y las maldades de sus sacerdotes.* (Thren. IV, II, 13).

Oh sacerdotes, sed puros á cualquier precio. *Sacerdotes qui accedunt ad Dominum sanctificentur, ne percutiat eos!* (Exod., XIX, 22.)

*Para la súplica.*—Considera que solo Dios puede preservarnos de las dolencias violentas y tenaces de nuestra naturaleza corrompida. El solo, si hemos caído, puede sacarnos del abismo, y arrancarnos de la muerte remitiéndonos nuestros pecados. Roguemos por nosotros, por nuestros hermanos en el sacerdocio, sobre todo, por los más débiles, los más tentados, los más culpables. Sean nuestras

oraciones vehementes y dolorosas, como la angustia del deseo ardiente y no satisfecho. Al pie del altar, derramemos lágrimas de contrición, separados del mundo, despreciando sus placeres y mezclando nuestras lágrimas y nuestra sangre á las lágrimas y á la sangre de nuestro Divino Maestro. *Parce Domine, parce populo tuo, et ne des hereditatem tuam in opprobium, ut dominantur eis nationes!* (Joel. II. 17.)

## EL SACERDOCIO.

I. El sacerdocio es la dignidad más grande que existe sobre la tierra. Es más grande que la de los reyes. Su imperio está sobre las almas; sus armas son espirituales; sus bienes son divinos; su gloria es la de Jesucristo. Su poder es divino. El sacerdocio engendra á las almas para la gracia y para la vida eterna. Tiene las llaves del cielo y del infierno. Tiene poder sobre el mismo Jesucristo Nuestro Señor, á quien hace descender todos los días del cielo al altar. Tiene en virtud de las promesas de su Divino Fundador, el poder de perdonar los pecados, y Dios ratifica su sentencia en el cielo. ¡Oh poder formidable, poder divino al cual el mismo Dios se sujeta!

Los ángeles son servidores del sacerdote; los demonios tiemblan delante de él; la tierra le mira como á su salvador, y el cielo como el príncipe que le conquista elegidos. Jesucristo le ha hecho su representante: es un Dios por participación; es Jesucristo en acción.

II. El sacerdocio es el estado más santo. La

vida debe estar en relación con la dignidad. ¡Qué *pura* debe ser la vida del sacerdote! Más pura, dice San Juan Crisóstomo, que los rayos del sol; debe ser el sol mismo: *Vos estis lux mundi*. Más incorruptible que la sal que preserva de la corrupción á las otras sustancias: *Vos estis sal terræ*. Más casto que las vírgenes; el sacerdote debe ser un angel en cuerpo mortal, y como muerto del todo á la concupiscencia.

Su *humildad* debe ser tan grande como su dignidad; pues todo lo que lo engrandece es de Dios; todo lo que lo rebaja es de su propia personalidad, la cual no tiene de sí, sino la miseria, el pecado y la nada. Su *caridad* debe ser grande sobre toda ponderación, pues Nuestro Señor lo ha constituido ministro de su caridad y de su misericordia en la tierra. Su *dulzura* debe ser la de su dulcísimo Maestro, el cual era tan afable que atraía á sí á los pequeñuelos, y cautivaba los corazones de los hombres.

El sacerdote debe ser la imagen viva de Jesucristo para que pueda decir como San Pablo: *Imitatoris mei estote, sicut et ego Christi*.

III. El ministerio del sacerdote es el más glorioso para Dios. Los sacerdotes perfeccionan la creación divina, elevando al hombre á Dios, y le hacen de nuevo á su imagen y semejanza borrada por el pecado. *Recreati in Cristo Jesu*, por su ministerio somos de nuevo creados en Jesucristo. El levanta las ruinas de este magnífico edificio, y lo convierte en la obra maestra de la gracia, en el objeto de las complacencias de Dios. El hombre bautizado se hace hijo de Dios; el hombre santificado es miembro honorable de Jesucristo, rey espiritual del mundo.

El sacerdote continúa la misión del Salvador en el mundo. En el altar, continúa el sacrificio del calvario, y aplica á las almas los frutos divinos de la salvación. En el confesonario, purifica las almas en la Sangre de Jesucristo, y las engendra para la santidad de su amor. En el púlpito, enseña la verdad, el Evangelio del amor, refleja en las almas los rayos del sol divino que alumbrá y fecunda al hombre de buena voluntad. Al pie del tabernáculo adora á su Dios, oculto por su amor, como los ángeles le adoran en la gloria. Allí, ruega por su pueblo; es el mediador poderoso entre Dios y el pobre pecador. En el mundo es el sacerdote el amigo del pobre, el natural consolador del afligido, del enfermo, el padre de todos. Es el hombre de Dios: *Tu autem, o homo Dei*.

Qué bella, qué amable misión la del sacerdote! Consiste en hacer reinar la verdad, la santidad, el amor de Dios sobre la tierra; en hacer la felicidad del hombre. Mas si el sacerdote debe ser santo para servir dignamente al Dios de la santidad, y no perderse como los ángeles rebeldes por el orgullo de su dignidad: ¿cómo adquirir esta santidad tan eminente? Por Jesucristo, Jesucristo ama á su sacerdote y le prodiga todas sus gracias, todos sus favores. El águila vuela con más facilidad y con mayor ventaja que el pajarillo, su fuerza está en sus alas, y la fuerza del sacerdote está en el amor real de Jesucristo su Maestro.